

El oficial cayó como desvanecido sobre su silla. Todos prorrumpieron en gritos y en aplausos. Carmela permanecía inmóvil como una estatua, con los ojos desmesuradamente abiertos clavados en el rostro del oficial: el médico la miraba de soslayo sin perder el detalle más insignificante.

— ¡Silencio! — gritó el teniente.

Callaron todos y al través de las abiertas ventanas llegó a sus oídos una alegre música de flautas y violines que sonaba en la plaza, envuelta en un confuso rumor de voces. Eran diez ó doce músicos de la población que, acompañados por la mayor parte de los vecinos, daban la despedida al teniente, presentándole que realmente iba a partir.

Carmela hizo un pequeño movimiento y volvió la cabeza hacia la ventana. Su rostro comenzó á animarse ligeramente: se dirigió tan pronto á la ventana como al oficial, y se desmesuró, para fijarlos luego en el oficial y en la ventana después, cual si quisiera escuchar atentamente la música, sin perder por esto el más insignificante de los movimientos que hicieran aquellas gentes.

En cuanto cesó la música, el público reunido en la plaza prorrumpió en grandes palmoteos, como lo había hecho tres años antes.

En aquel instante apareció el asistente que, dirigiéndose al oficial, le dijo en alta voz:

— El teniente, el buque está pronto.

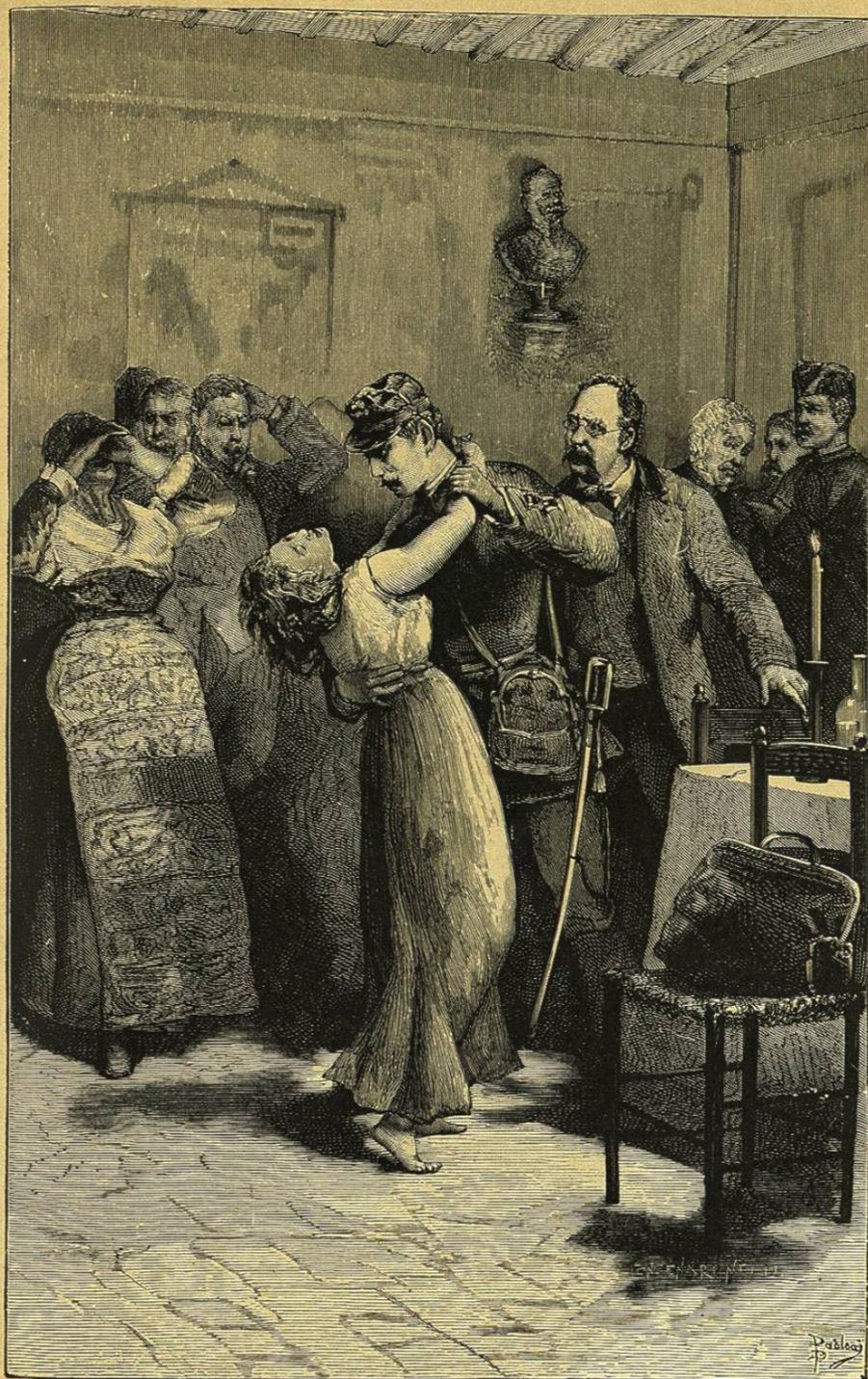
El oficial se levantó y dijo á su vez:

— Llegó el momento.

Carmela se fue levantando poquito á poco sin apartar los ojos del oficial. Al propio tiempo apareció la madre de Carmela, que entró en el dormitorio en que se hallaba su hija á la cual abrazó conmovidamente, diciéndole:

— ¡Valor, hija mía! Volverá dentro dos meses!

Carmela clavó los ojos en el rostro de su madre, desprendiéndose suavemente de su amoroso abrazo, y sin pronunciar



La vida militar.

Del pecho de Carmela escapó un grito agudo, desesperado, desgarrador

una palabra, volviendo el rostro poco á poco, fijó de nuevo su mirada en el oficial.

Entretanto los comensales se despedían de éste estrechándole la mano, protestando de su firme y sincera amistad; ofreciéndosele afectuosamente, y él, por su parte, al par que correspondía á estas demostraciones, se ceñía el sable, se echaba al hombro la cartera de viaje y se ponía el kepis.

Mientras esto tenía lugar, Carmela, sin darse cuenta de ello, había abierto la puerta de par en par, se había adelantado un paso, y con los ojos animadísimos, miraba rapidísimamente, ora al oficial, ora á los convidados, ora al asistente, ora á su madre, que no se separaba de su lado, y se pasaba ambas manos por la frente, cual si quisiera desechar un pensamiento, y se mesaba el cabello, y suspiraba afanosamente, y temblaba convulsa de los pies á la cabeza.

Sonó de nuevo la música en la plaza, y se oyó de nuevo un entusiasta palmoteo.

—¡Vamos!— dijo resueltamente el oficial haciendo ademán de marchar.

Del pecho de Carmela escapó un grito agudo, desesperado, desgarrador. Al propio tiempo arrojóse de un salto junto al oficial, enlazóse á él con fuerza sobrehumana, y comenzó á besarle furiosamente en el rostro, en el cuello, en el pecho, donde podía; sollozando, gimiendo, gritando, palpándole las espaldas, los brazos, la cabeza, como pudiera hacerlo una madre con el pequeñuelo acabado de salvar del furor de las olas, que le pedía antes socorro con los brazos extendidos. Al cabo de algunos momentos caía al suelo sin sentido, á los pies del oficial.

Se había salvado.

En cuanto al oficial se arrojó en los del médico, que le esperaba con los brazos abiertos. La madre llenaba de besos á su hija, cuyo rostro bañaba con amorosas lágrimas. Los demás daban gracias al cielo por el resultado feliz de sus afanes. La música seguía tocando.

Pasados cuatro meses, en una hermosa noche de Septiembre, tan clara como si fuese de día, el buque que salió aquella tarde de Túnez y había anclado, según costumbre, en el puerto de nuestra pequeña población, acercábase rápidamente á las costas de Sicilia. El mar estaba tan tranquilo que parecía que el barco no se moviese. Todos los pasajeros habían subido á popa, y contemplaban en silencio el firmamento y el mar, iluminado en toda su extensión por la suave claridad de la luna.

Apartados de los demás, y puesta la mirada en dirección opuesta á la que llevaba el buque, podían distinguirse un joven y una señorita apoyados en la borda, cogidos del brazo, y con los rostros tan cerca el uno del otro, que faltaba muy poco para que se tocaran. Allí á lo lejos vislumbrábase aún la isla de donde partieron y hacia aquel lado dirigían sus miradas. En esta disposición continuaron durante dilatado espacio, hasta que la joven, volviendo el rostro, murmuró:

—Y sin embargo, siento que se me oprime el corazón al alejarme de mi pobre pueblo, donde tanto he sufrido; donde te he visto por vez primera; donde me has vuelto á la vida!...

Y apoyó la frente sobre el hombro de su compañero.

—Ya volveremos,—contestóle éste, haciéndole volver un poco el rostro para poderla mirar en los ojos.

—¿É iremos á tu casa?—preguntó ella con dulzura.

—Sí.

—¿Y durante la noche hablaremos asomados en aquella ventana desde la cual me llamabas?

—Sí.

—¿Y volverás á tocar la guitarra, y á cantar aquella canción?

—Sí, sí.

—Cántala ahora,—dijo Carmela con acento apasionado.

—Cántala en voz baja.

Y el oficial poniendo los labios junto á su oído:



La Vida militar.

Apartados de los demás, podían distinguirse un joven y una señorita apoyados en la borda, cogidos del brazo...

Pasados cuatro meses, en una hermosa noche de Septiembre, tan clara como si fuese de día, el buque que salió aquella tarde de Túnez y había anclado, según costumbre, en el puerto de nuestra pequeña población, acercábase rápidamente á las costas de Sicilia. El mar estaba tan tranquilo que parecía que el barco no se moviese. Todos los pasajeros habían subido á popa, y contemplaban en silencio el firmamento y el mar, iluminado en toda su extensión por la suave claridad de la luna.

Apartados de los demás, y puesta la mirada en dirección opuesta á la que llevaba el buque, podían distinguirse un joven y una señorita apoyados en la borda, cogidos del brazo, y con los rostros tan cerca el uno del otro, que faltaba muy poco para que se tocaran. Allí á lo lejos vislumbrábase aún la isla de donde partieron y hacia aquel lado dirigían sus miradas. En esta disposición continuaron durante dilatado espacio, hasta que la joven, volviendo el rostro, murmuró:

—Y sin embargo, siento que se me oprime el corazón al alejarme de mi pobre pueblo, donde tanto he sufrido; donde te he visto por vez primera; donde me has vuelto á la vida!...

Y apoyó la frente sobre el hombro de su compañero.

—Ya volveremos,—contestóle éste, haciéndole volver un poco el rostro para poderla mirar en los ojos.

—¿É iremos á tu casa?—preguntó ella con dulzura.

—Sí.

—¿Y durante la noche hablaremos asomados en aquella ventana desde la cual me llamabas?

—Sí.

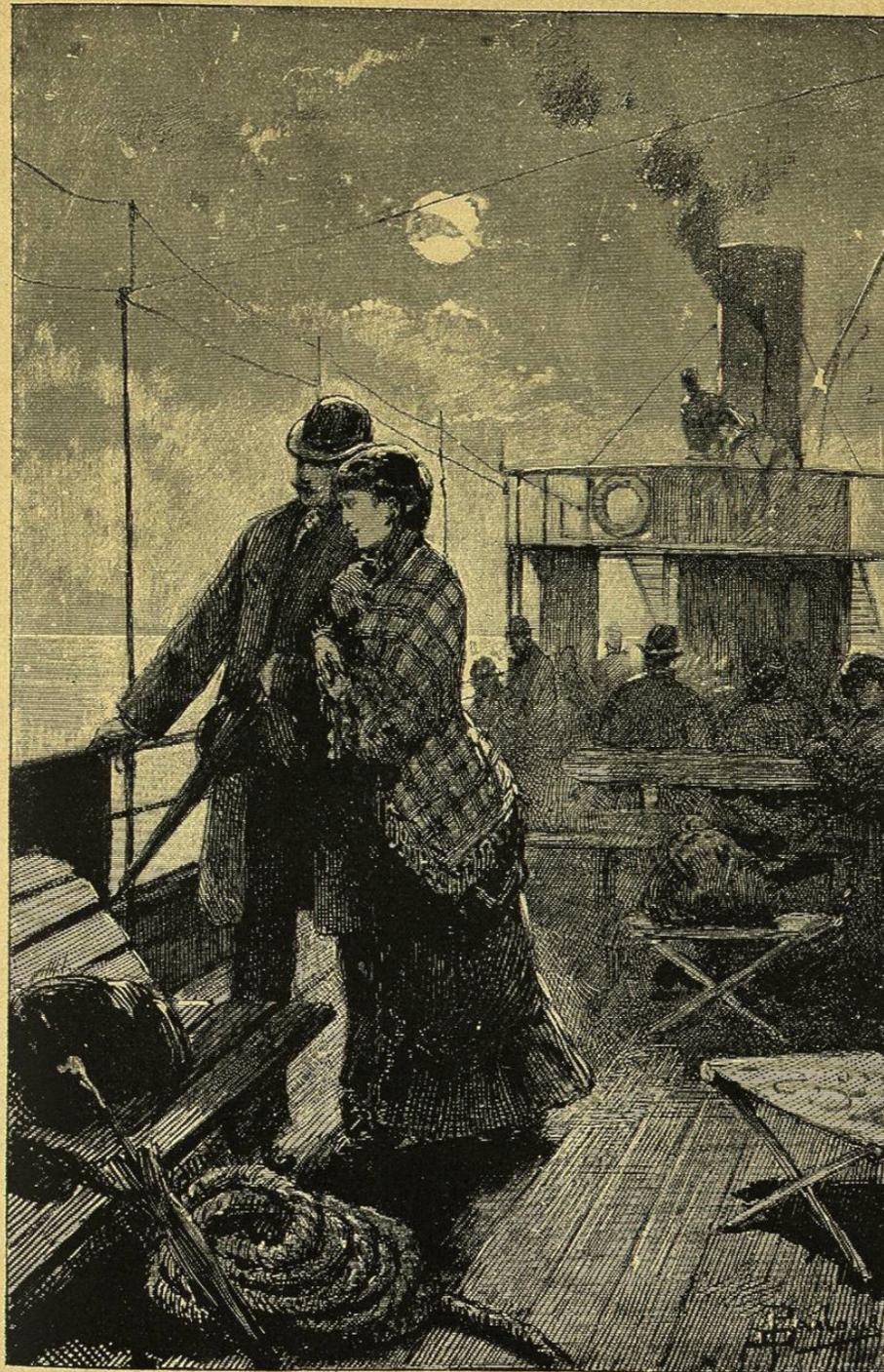
—¿Y volverás á tocar la guitarra, y á cantar aquella canción?

—Sí.

—Cantala ahora,—dijo Carmela con acento apasionado.

—Cantala en voz baja.

Y al oírlo poniendo los labios junto á su oído:



La Vida militar.

Apartados de los demás, podían distinguirse un joven y una señorita apoyados en la borda, cogidos del brazo...

Carmela ai tuoi ginocchi
Placidamente assiso...

Carmela rodeó con sus brazos el cuello de su esposo y se echó á llorar.

—¡Pobre y santa criatura!...—le dijo éste estrechándola contra su pecho. — ¡Aquí, aquí, sobre mi corazón, siempre aquí!

La pobrecilla se separó de repente: miró en derredor, miró al mar, miró la isla, miró á su esposo, y exclamó:

—¡Oh! ¡es un sueño!

Y el joven, interrumpiéndola:

—¡No, vida mía, es el despertar!

Y el buque hendía las aguas cual si lo llevara en sus alas el viento.
